Solemnidad de la Inmaculada Concepción -Iglesia del Hogar

Introducción a las Lecturas de la Solemnidad

Primera Lectura del libro del Génesis 3, 9-15. 20

El pecado de Adán y Eva y el juicio divino correspondiente marcan la historia humana. El Catecismo de la Iglesia católica en los número 385- 412 presenta un panorama respecto al pecado del hombre y la respuesta de Dios. He aquí un resumen:

413 "No fue Dios quien hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes [...] por envidia del diablo entró la muerte en el mundo" (Sb 1,13; 2,24).414 Satán o el diablo y los otros demonios son ángeles caídos por haber rechazado libremente servir a Dios y su designio. Su opción contra Dios es definitiva. Intentan asociar al hombre en su rebelión contra Dios.

415 "Constituido por Dios en la justicia, el hombre, sin embargo, persuadido por el Maligno, abusó de su libertad, desde el comienzo de la historia, levantándose contra Dios e intentando alcanzar su propio fin al margen de Dios" (GS 13,1).

416 Por su pecado, Adán, en cuanto primer hombre, perdió la santidad y la justicia originales que había recibido de Dios no solamente para él, sino para todos los humanos.

417 Adán y Eva transmitieron a su descendencia la naturaleza humana herida por su primer pecado, privada por tanto de la santidad y la justicia originales. Esta privación es llamada "pecado original".

418 Como consecuencia del pecado original, la naturaleza humana quedó debilitada en sus fuerzas, sometida a la ignorancia, al sufrimiento y al dominio de la muerte, e inclinada al pecado (inclinación llamada "concupiscencia").

419 «Mantenemos, pues, siguiendo el Concilio de Trento, que el pecado original se transmite, juntamente con la naturaleza humana, "por propagación, no por imitación" y que "se halla como propio en cada uno"» (Pablo VI, Credo del Pueblo de Dios, 16).

420 La victoria sobre el pecado obtenida por Cristo nos ha dado bienes mejores que los que nos quitó el pecado: "Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rm 5,20).

421 "Los fieles cristianos creen que el mundo [...] ha sido creado y conservado por el amor del Creador, colocado ciertamente bajo la esclavitud del pecado, pero liberado por Cristo crucificado y resucitado, una vez que fue quebrantado el poder del Maligno..." (GS 2,2).

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios 1, 3-6. 11-12

Aún tomando en cuenta el pecado de todos los hombres y el nuestro, es el designio de Dios que seamos salvados y esto desde toda la eternidad. Hemos estado en el pensamiento amoroso de Dios desde siempre. Este pasaje de la carta a los Efesios nos aclara estimulando nuestra esperanza las maravillas que nos esperan.

Lectura del santo evangelio según san Lucas 1, 26-38

Es estremecedor que el destino de la salvación que Dios tiene pensado para toda la humanidad entera depende del “sí” de una sola persona humana. Con un corazón agradecido presenciamos nuevamente la escena de la anunciación.

Reflexionemos los padres

Todos los días Dios espera un “sí” de nuestra parte ante los acontecimientos y ante las personas. Les ofrecemos las dramáticas palabras de San Bernardo de Claraval quien con Dios y con toda la humanidad espera la respuesta de la Virgen María:

“¿Por qué tardas? ¿Qué recelas? Cree, di que sí y recibe.

Oíste, Virgen, que concebirás y darás a luz a un hijo; oíste que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el Ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor que lo envió. También nosotros, los condenados infelizmente a muerte por la divina sentencia, esperamos, Señora, esta palabra de misericordia.

Se pone entre tus manos el precio de nuestra salvación; en seguida seremos librados si consientes. Por la Palabra eterna de Dios fuimos todos creados, y a pesar de eso morimos; mas por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para ser llamados de nuevo a la vida.

Esto te suplica, oh piadosa Virgen, el triste Adán, desterrado del paraíso con toda su miserable posteridad. Esto Abrahán, esto David, con todos los santos antecesores tuyos, que están detenidos en la región de la sombra de la muerte; esto mismo te pide el mundo todo, postrado a tus pies.

Y no sin motivo aguarda con ansia tu respuesta, porque de tu palabra depende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la libertad de los condenados, la salvación, finalmente, de todos los hijos de Adán, de todo tu linaje.

Da pronto tu respuesta. Responde presto al Ángel, o, por mejor decir, al Señor por medio del Ángel; responde una palabra y recibe al que es la Palabra; pronuncia tu palabra y concibe la divina; emite una palabra fugaz y acoge en tu seno a la Palabra eterna.

¿Por qué tardas? ¿Qué recelas? Cree, di que sí y recibe. Que tu humildad se revista de audacia, y tu modestia de confianza. De ningún modo conviene que tu sencillez virginal se olvide aquí de la prudencia. En este asunto no temas, Virgen prudente, la presunción; porque, aunque es buena la modestia en el silencio, más necesaria es ahora la piedad en las palabras.

Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Criador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando a tu puerta. Si te demoras en abrirle, pasará adelante, y después volverás con dolor a buscar al amado de tu alma. Levántate, corre, abre. Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento”.

 (De las Homilías de San Bernardo, Abad, sobre las excelencias de la Virgen Madre, Homilía 4, 8-9: Opera Omnia, Edición Cisterciense, 4 [1966] 53-54)

La voz de nuestra conciencia, que es la voz de Dios, muchas veces espera nuestra respuesta. Mañana, ¿dónde y cuándo concretamente se da esta encrucijada?

Reflexionemos con los hijos

La fiesta, mejor dicho solemnidad, de la Inmaculada Concepción es una oportunidad para revisar un poco nuestra relación con la Madre de Dios. Ella es nuestra madre también porque, así lo entienden los antiguos, cuando Jesús dijo a su madre: “Mujer, he ahí tu hijo; hijo he ahí tu madre”, no solamente se la dio como madre a San Juan sino también en él a todos nosotros. Necesitamos conversar cada día con ella. Y el saludo del ángel, y las palabras que dijo su prima Isabel al recibirla en su casa se prestan maravillosamente para ello. Recemos: “Dios te salve, María,…”.

Vivencia familiar

Agradecidos podemos rezar un misterio del Santo Rosario (la Anunciación) antes de que los niños vayan a la cama.

Conexión eucarística

Nosotros podemos recibir el cuerpo de Cristo porque la Virgen María aceptó ser Madre de Jesús. Y Dios la ha preparado desde el primer momento de su existencia porque fue concebida de manera inmaculada, llena de gracia. Por eso María es inseparable de la celebración de la Santa Misa.

Nos habla la Iglesia

Fundamento de la doctrina sobre la Inmaculada Concepción en las Sagradas Escrituras.

Y en primer lugar, ya en las Sagradas Escrituras aparece el fundamento de esta doctrina, cuando Dios, creador de todas las cosas, después de la lamentable caída de Adán, habla a la tentadora y seductora serpiente con estas palabras, que no pocos Santos Padres y doctores, lo mismo que muchísimos y autorizados intérpretes, aplican a la Santísima Virgen: «Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya...» (Gn 3, 15).

Pero si la Santísima Virgen María, por estar manchada en el instante de su concepción con el pecado original, hubiera quedado privada de la divina gracia en algún momento, en este mismo, aunque brevísimo espacio de tiempo, no hubiera reinado entre ella y la serpiente aquélla sempiterna enemistad de que se habla desde la tradición primitiva hasta la definición solemne de la Inmaculada Concepción, sino que más bien hubiera habido alguna servidumbre.

Además, al saludar a la misma Virgen Santísima «llena de gracia» (Lc 1, 18), o sea «kecharistomene» y «bendita entre todas las mujeres» (ibíd. 42) con esas palabras, tal como la tradición católica siempre las ha entendido, se indica que «con este singular y solemne saludo, nunca jamás oído, se demuestra que la Virgen fue la sede de todas las gracias divinas, adornada con todos los dones del Espíritu Santo, y más aún, tesoro casi infinito y abismo inagotable de esos mismos dones, de tal modo que nunca ha sido sometida a la maldición».

 (Dado en Roma, junto a San Pedro, el día 8 de septiembre, fiesta de la Natividad de la bienaventurada Virgen María, del año 1953, decimoquinto de nuestro pontificado, Papa Pío XII)

Oraciones

Plegaria de S.S. Juan Pablo II a la Inmaculada Concepción

"Establezco hostilidades entre ti y la mujer... ella te herirá en la cabeza" (Gen 3, 15).

Estas palabras pronunciadas por el Creador en el jardín del Edén, están presentes en la liturgia de la fiesta de hoy. Están presentes en la teología de la Inmaculada Concepción. Con ellas Dios ha abrazado la historia del hombre en la tierra después del pecado original:

"hostilidad": lucha entre el bien y el mal, entre la gracia y el pecado.

Esta lucha colma la historia del hombre en la tierra, crece en la historia de los pueblos, de las naciones, de los sistemas y, finalmente de toda la humanidad.

Esta lucha alcanza, en nuestra época, un nuevo nivel de tensión.

La Inmaculada Concepción no te ha excluido de ella, sino que te ha enraizado aún más en ella.

Tú, Madre de Dios, estás en medio de nuestra historia. Estás en medio de esta tensión.

Venimos hoy, como todos los años, a Ti, Virgen de la Plaza de España, conscientes más que nunca de esa lucha y del combate que se desarrolla en las almas de los hombres, entre la gracia y el pecado , entre la fe y la indiferencia e incluso el rechazo de Dios.

Somos conscientes de estas luchas que perturban el mundo contemporáneo. Conscientes de esta "hostilidad" que desde los orígenes te contrapone al tentador, a aquel que engaña al hombre desde el principio y es el "padre de la mentira", el "príncipe de las tinieblas" y, a la vez, el "príncipe de este mundo" (Jn 12, 31).

Tú, que "aplastas la cabeza de la serpiente", no permitas que cedamos.

No permitas que nos dejemos vencer por el mal, sino que haz que nosotros mismos venzamos al mal con el bien.

Oh, , Tú, victoriosa en tu Inmaculada Concepción, victoriosa con la fuerza de Dios mismo, con la fuerza de la gracia.

Mira que se inclina ante Ti Dios Padre Eterno.

Mira que se inclina ante Ti el Hijo, de la mima naturaleza que el Padre, tu Hijo crucificado y resucitado.

Mira que te abraza la potencia del Altísimo: el Espíritu Santo, el Fautor de la Santidad.

La heredad del pecado es extraña a Ti.

Eres "llena de gracia".

Se abre en Ti el reino de Dios mismo.

Se abre en Ti el nuevo porvenir del hombre, del hombre redimido, liberado del pecado.

Que este porvenir penetre, como la luz del Adviento, las tinieblas que se extienden sobre la tierra, que caen sobre los corazones humanos y sobre las consciencias.

¡Oh Inmaculada!

"Madre que nos conoces, permanece con tus hijos".

Amén.

(Juan Pablo II, Plaza de España, 8 de diciembre de 1984)